EL FANZINE HUECO A BUTRONAZOS PRESENTA

TIEMPO FINITO



GOLDEN AWARD 2021

FESTIVAL DE OSLO

CAPÍTULO EXTRAÍDO DEL RELATO "VENUS ESTÁ EN LLAMAS"

NÚMERO: 1

LETICIA SÁNCHEZ DE PABLO
EDITORA JEFE DE HUECO A BUTRONAZOS





Editorial

¡Atrévete a pensar!

Esta frase marcó uno de los momentos más fructíferos intelectualmente para el ser humano.

En *hueco a butronazos* nos atrevemos a eso y a más. En este número le quitamos la careta a una de esas falsas buenas personas que copan la mezquindad, ruindad y miseria del mundo.

Atrévete a denunciarlos, a señalarlos.

Y como siempre no olvides que el mes que viene, un nuevo número buscará tus manos.

Que lo disfrutes

Leticia Sánchez de Pablo
Editora Jefe de Hueco a butronazos

Índice

- **Tiempo finito**

Texto extraído del relato "Venus está en llamas"



Tiempo finito

Nunca fantaseé con que mi vida fuera una canción de María Jiménez, y sin embargo, ahí estaba yo, sentada en el banco del pasillo de un juzgado de familia, esperando despegarme del blandiblu que me asía hacia sí tan pegajosamente.

Las paredes de madera dotaban de elegancia todo el recinto. Pensé en esa cegadora y cálida luz que se filtraba por el lucernario del techo y que hacía de centro del edificio. Cómo calmaba mi ansiedad esa luminosidad.

Imbuida en mis pensamientos imaginé el final de la escena. Estaba deseando que llegara ese momento, llevaba meses fantaseando, anhelando, esperando y desesperando por tener al fin ese papel en mis manos. -Lo más justo será poder entrar y salir por puertas distintas. -deduje. -El ganador debería salir por este pasillo esculpido de madera color miel. El perdedor, por el otro, por el vacío de esperanza, oscuro y sucio a pesar de las inmaculadas paredes que lo recorrían. -Transitar ese pasillo debe ser lo más triste del mundo, -consideré -¿Cuánta gente le habrá dicho adiós a su vida anterior bajo este lucernario?

-¡Soledad Alarcón!

-Sí, soy yo -¿Es usted Soledad Alarcón De Cabeza?

-Sí, así es. Y un poco dentro de un arcón sí me siento.

-¿Perdón?

- Nada, nada.

-Tenga su DNI. Sígame por favor.

Los pasillos del juzgado eran un hervidero de personas. Las conversaciones entre clientes y letrados apenas dejaba distinguir la voz de los alguaciles y administrativos llamando a testigos, imputados, a los representantes legales. Las paredes cubiertas de madera camel presidían todas las salas por las que pasaron de largo el funcionario y Soledad. Llegaron a la sala número 27 y se detuvieron delante de ella.

El administrativo empujó la puerta y acompañó a Soledad a su sitio; la mesa delante del cubículo en el que se sentaría el presidente de la sala.

No habían pasado ni dos minutos cuando la puerta trasera al estrado se abrió y de ella salió una mujer morena, grande, corpulenta, parecía segura de sí. La melena corta y ondulada se movía grácilmente al compás de sus pasos firmes. La toga negra apenas si rozaba sus rodillas. Tomó asiento en un sillón de cuero marrón rojizo con reposabrazos de madera y dio un golpe en la mesa con una pequeña maza colocada a su mano derecha sobre la mesa. Con ese gesto dio comienzo la sesión.

Soledad no podía concentrarse en otra cosa que no fuera en adivinar por cuál de los dos vomitorios saldría. Se tapó la cara con sus manos. Su vida llevaba patas arriba desde hacía casi un año. Sus hijos, “su toma de tierra" como le gustaba llamarlos, giraban en torno a sus pensamientos, siempre en espiral; a veces sueños, a veces pesadillas.

Despertar, lo que se dice despertar, todavía no había despertado y ya habían pasado



Fuente de la fotografía "Cuatro estaciones": Pixabay, Repositorio de internet

casi cuatro estaciones vagando por la incertidumbre de cómo divorciarse. No sería fácil reorganizar y separar un mundo entero configurado por pequeños objetos, por pequeños espacios y por tiempo. Ella bailaría sola otra vez tras casi veinte años y como cantaban ellas, aún no sabía cómo repartirían los amigos.

-¡Exactamente diecisiete años!

Con esta frase, Soledad volvió de lo más profundo de sus pensamientos a la sala del juzgado. La voz de su marido sonó como un click en la parte lateral izquierda de su cabeza. El hombre declaraba ante el juez todas las miserias sin omitir un detalle. Todas, absolutamente todas de su tiempo juntos.

Llegó su turno. Soledad apretó los dientes, miró a los ojos a aquella señora con el pelo y la toga casi del mismo color y sintió el peso de su responsabilidad en sus palabras. Por un momento agarró más fuerte la chapita de su bolsillo izquierdo. En ella se leía “Roomba” y un número de teléfono. Era el nombre de su perro. Sus hijos le habían quitado la chapa al can para que le diera buena suerte en el juzgado.

-Toma mami, con esta chapita sentirás el amor incondicional y la alegría que le da a Roomba cuando llegas a casa.

Esta será tu “pluma de Dumbo” con ella planearás sobre la sala -le había dicho su hija mayor, algo teatrera antes de salir de casa esa mañana.—

Roomba. Les hizo mucha gracia proponerle a su madre el nombre de la máquina de limpiar el suelo para llamar a su recién adoptado beagle. Ya lo habían acordado sus hijos, -la mayoría de la gente pone nombre de mascota a sus electrodomésticos, -le habían comentado solemnes. -Nosotros llamaremos Roomba al perrillo.

Roomba llegó la mañana de Navidad del año anterior, venía de un refugio donde las comodidades dejaban mucho que desear. Le costó acostumbrarse a no masticar las zapatillas de Soledad, a no escarbar en el poto del salón y a “no rezumarse” en el felpudo del vecino. Los niños lo sacaban a pasear, le cepillaban el pelo y le daban de comer. Aunque sobre todo, con lo que más disfrutaban era con hacerle aullar cuando juntos cantaban canciones de Bruno Mars. Era increíble como Roomba reconocía la voz del cantante y como corría por el pasillo aullando a buscarlos. Solía plantarse delante de la puerta de sus cuartos. Allí se sentaba a aullar hasta que le hacían caso.



Fuente de la fotografía "Roomba": Pixabay, Repositorio de internet

Soledad notó que el borde de la chapa le hacía daño en la palma de la mano y volvió de su ensimismamiento. La soltó en el fondo de su bolsillo izquierdo y sacó las manos, se puso en pie y trató de explicar.

-Cíñase a lo que se le pregunta, -advirtió su Señoría antes de formular la primera cuestión.

-¿Usted trabaja?

-No señoría, desde hace cinco años me encargo en exclusiva de mis hijos, con la excepción de un mes en que me contrató una empresa para preparar y gestionar su stand en una feria sectorial.

-Bien ¿Tiene propiedades inmobiliarias?

-Sí señoría, un piso con hipoteca y la parte proporcional de la herencia de mi padre, propiedad de mi madre como usufructuaria hasta que ella fallezca. He traído toda la documentación que lo acredita.



"Abro la nevera y encuentro el eco de una pera"

-Comprendo. Puede sentarse.

Soledad volvió a sus cavilaciones, a esas que hacen que te escueza la piel cuando te sumerges profundamente en ellas. Pensaba en cómo se había desencadenado todo tan rápido, en cómo los gritos, los empujones y las prohibiciones habían formado parte de su día a día como si tal cosa. Pensó en cómo sacaría adelante a sus hijos. Si saldría bien parada de este trance, en que tenía el frigorífico vacío, en que siempre que tenía el frigorífico vacío recordaba a los Mártires del Compás y aquella canción "abro la nevera y me encuentro el eco de una pera".

No pudo evitar esbozar una sonrisa. Fue una de las pocas veces en que se alegró de llevar mascarilla. Tan sólo sus ojos, hasta ese momento sumidos en una profunda tristeza, enseñaron al mundo de esa sala que se puede estar triste y sonreir a la vez. Nunca había permitido que el desánimo tomara el timón de su vida. Hoy tampoco haría una excepción.

Miró de reojo a su, por el momento, marido. Lo encontró desmejorado. Llevaba el pelo mucho más corto de lo habitual, -la calvicie es más plausible con el pelo rapado al tres- pensó. Las canas habían colonizado su cabeza por completo. Los ojos hundidos y las ojeras denotaban que tampoco era un buen día para él. Ella no se alegró, pero algo de satisfacción si que se permitió sentir por unos segundos.

Él había tratado por todos los medios de estafarla, de controlarla económica y emocionalmente, se encargó encarecidamente de mentir sobre la situación económica de ella durante la vista previa y de hundirla profesional y moralmente. Una argucia que le sirvió de poco cuando no pudo respaldar estas falacias con documentos ante la jueza.

La letrada pidió a los abogados que se acercaran al estrado, les susurró algo inaudible y se retiró de la sala, seguida por ellos, por la puerta falsa. Todo quedó en silencio.

-Cierren la puerta y siéntense.

Ordenó la juez señalando hacia las sillas de cuero negras alrededor de una mesa de reuniones. Continuó. -¿Son ustedes conscientes de que vamos a salir de este

juzgado con un convenio regulador firmado? Veamos, el marido insiste en que la esposa gana mucho dinero y no ha parado de trabajar, pero no presenta ningún documento que lo acredite.
La esposa afirma que lleva cinco años sin trabajar y ha traído certificado del SEPE, certificados de búsqueda activa de empleo y movimientos de su cuenta que se remontan a hace dieciséis años. En estos movimientos ustedes letrados pueden ver que nunca ha tenido acceso a los bienes gananciales a pesar de ser el régimen en el que han estado casados todo este tiempo. Abogado -refiriéndose al representante del marido de Soledad. - ¿Están ustedes de broma? No han traído ni una sola prueba de lo que afirman. Poco le piden para lo que podrían. Dense por satisfechos si no salen de aquí además con una denuncia por maltrato psicológico y económico y otra por acoso, injurias, difamación y por calumnias.
Abogada siéntese a mi ordenador, en el escritorio hay un archivo con convenios tipo. Redacten un convenio regulador acorde a las pruebas presentadas. Acuérdenlo conforme a las pruebas, revísenlo y que lo firmen sus representados. Voy a la cafetería y al aseo por aquella otra puerta. Cuando vuelva en unos cuarenta minutos este caso debe estar resuelto. ¿Ha quedado claro? A trabajar.
Mientras los abogados discutían en el despacho de la juez, Soledad hacía garabatos en un papel sin prestar atención a lo que sucedía a su alrededor.

Su marido la miraba como el que mira a una baldosa del suelo. Indiferente, incluso sonriente. Atrás habían quedado esos paseos por la casa ignorándola, riéndose con carcajadas desafiantes mientras se cruzaba delante de ella y de su hija mayor.
La ilustración imperfecta que esbozaba Soledad parecía una montaña rusa. La elaboración de varios loopings imposibles entretenía sus manos y su cabeza. Así era su vida desde que tomó aquella decisión.
El bolígrafo traspasó el papel rasgándose por una de las esquinas. Soledad se derrumbó. De nuevo agradeció llevar la cara semitapada. Se giró en sentido contrario al extraño al que se enfrentaba. Sus lágrimas brotaron impulsadas por la rabia, la impotencia, la frustración, la lentitud de la justicia, por las mentiras y la impunidad de quien decía amarla. Pero sobre todo por la incertidumbre de un futuro que se acercaba a tocarla a ella y a sus hijos, por los loopings imposibles de aquel papel, por el cansancio.
La rebeldía de la que siempre había hecho gala de poco le servía en esa sala cubierta de madera como un ataúd infinito que pudiera sepultarla.



Fuente de la fotografía Ataúd de Madera: Pixabay, Repositorio de internet

La puerta se abrió de nuevo. Soledad se enjugó las lágrimas disimuladamente. Observó más detenidamente los pasos acompasados de la jueza. Levantó la mirada y vio cómo se aproximaba hacia ella su abogada. Era una mujer menuda, de cabello rubio y largo Siempre se ha dicho para sí que toda la gente pequeña tiene "medio metro bajo tierra" y así le parecía su abogada, una figura enigmática con recursos inagotables y ocultos. La toga le arrastraba, dada su altura. No es que le quedara grande en sentido figurado, simplemente es que era una persona pequeña.

La había visto muchas veces, sin embargo, al aproximarse tanto el detalle de su pequeñez llamó la atención de Soledad, cuyos ojos y cejas hicieron un movimiento rápido de gran apertura, fascinados por la presencia de su representante legal. Su nombre era Serena y esto acrecentaba la fascinación que Soledad sintió al conocerla. Una sensación de aire fresco, como cuando en invierno saludas a alguien recién llegado de la calle y se entremezcla su perfume con el frío que envuelve su persona, pero al rozar sus mejillas con tus labios sientes el candor de la vitalidad. Así era Serena, de alma cálida y presencia fresca.

A Sol, como la llamaba cariñosamente su madre y su hermano, le pareció ver asomar la sonrisa de Serena tras la mascarilla negra al ir acercándose.

El acuerdo estaba redactado y firmado por los cónyuges. *Sol* se puso de pie. Le temblaban las piernas por lo que se agarró al brazo de su abogada. La legalista dijo -*Vámonos Soledad, todo ha terminado. Hoy saldrás por el pasillo de madera color miel, pero antes, vamos al despacho de la fiscal para recoger una copia sellada del convenio regulador.*

Juntas traspasaron el umbral de la sala y giraron a la derecha enfilando hacia el despacho de la fiscal. Al salir recorrieron el hermoso pasillo bajo el lucernario. Como en aquella antigua tradición, fueron borrando sus huellas con el arrastrar de la toga de la letrada.

Mientras caminaban en silencio Sol recordaba cómo había tenido que vender su coche para pagarse aquel curso de Community Manager con el que reciclarse profesionalmente y para comprar su ordenador portátil. Ya no tendría que hacer más sacrificios así. También se imaginó cómo sería la puerta de su nueva casa, blanca, con adornos color níquel. Y cómo llegarían, tras la mudanza. Su hijo, que ya era más alto que Sol, entraría delante de ella, le haría gracia ver esa sudadera negra con capucha con la ilustración de Naruto y le empujaría cariñosamente por la espalda para dirigirlo al salón por el pasillo blanco, luminoso por los leds cenitales. Sol cerraría la puerta tras de sí con la tranquilidad de quien tiene todo lo que desea bajo el mismo techo, con el aplomo de quien no espera a nadie. Llegarían al comedor, presidido por una gran mesa blanca y se sentarían a comer y a charlar con los amigos y la familia que les han ayudado a terminar la mudanza. Tendrán grandes ventanales a dos calles que rebosarán luz... Sol volvió al presente.

-¿Sabes, Serena? Mañana comienza un nuevo episodio de mi vida para el que no

sé si estoy preparada.
-Boberías, -dijo Serena, -llevas preparándote para este momento diecisiete años.
-Bueno, eso habrá que verlo. De momento hoy me lo voy a tomar libre. No quiero pensar en nada que no sea en “mis tomas de tierra” y en los ojos verdes de mi madre.
La madre de Sol esperaba en el hall del juzgado, sus ojos de gata todavía dejaban ver la belleza de quien un día fue la doble de Kim Novak. Se la veía ansiosa por la espera. Sol se fue hacia ella y la tranquilizó con un abrazo. -Mamá, ya está. Todo ha terminado.
-¿De verdad, hija? ¿Le habéis dicho al juez que le pegó dos empujones a la niña y la estampó contra la pared?
-sí, mamá.
-¿Y que ha pegado al niño cada vez que ha traído las notas?
-Sí mamá, se lo hemos dicho.
-Y que a ti te ha tenido sin dinero para controlarte todo el tiempo y que dependas de él.
-Por supuesto, mamá.
El inmenso cariño se adivinaba en sus ojos, esos verdes ojos que habían contemplado el sufrimiento de su hija y sus nietos y no habían podido hacer nada. Hubiera querido salvarlos, apartarlos, interponerse como el que se pone delante de un autobús deliberadamente. Ansiaba repartir el golpe para que todos quedaran semi ilesos. Soledad nunca lo permitió, obvió bastantes detalles de aquellos años y ya no importaban. La relación era un yogur caducado e hinchado que ahora se alojaría para siempre en un cubo de basura.



Ilustración Leticia Sánchez de Pablo desde Canva

Afuera llovía, un arco iris detrás del edificio de enfrente dejaba adivinar que a la espalda del juzgado ya estaba saliendo el Sol. Y así era. Las tres mujeres empujaron con fuerza la puerta acristalada del juzgado y salieron a la gran explanada delante del edificio. Llovía, pero daba igual mojarse. Esas gotas dejaban ver el aire limpio de la ciudad. Sol respiró profundamente, tanto que se le cerraron los ojos por un par de segundos. Volvió a respirar, esta vez olía a churros, a café recién molido y a libertad. Una sensación de hormigueo recorrió su cuerpo. No quería churros ni café, tan sólo libertad.
La abogada se despidió de las dos mujeres sin grandes aspavientos. Madre e hija se acercaron al borde de la acera y Sol paró un taxi.
-Hola, buenos días. Llévenos a Matadero.
-¿Vamos por la M-30 o por la Castellana?
-Confío en su profesionalidad, -dije ingenua. Rectifiqué.
-Llévenos por la M-30. A estas alturas sólo me fío de mi criterio, -dije entre dientes.
-¿Les molesta si pongo la radio? -preguntó el taxista
-Para nada, adelante.
El conductor encendió el equipo aprovechando el semáforo en rojo de Francisco Gervás esquina con Poeta Joan Maragall. Pulsó el botón de búsqueda y sonó Radiolé. Aún yo soy mejor persona, pues no quiero hacerte daño. Solo sé que no te quiero, mi amor se fue con los años. Se acabó...
-Perdone, -dije,- si no le importa, ponga mejor Rock FM.

Realización

Basado en una experiencia personal y en el relato sobre ella "Venus está en llamas"



Fotografía, Leticia Sánchez de Pablo. Exposición, ***Hacer-k-Arte***. Manzanares, 2009

Gracias a todos los que practicáis el ghosting, os portáis como animales de bellota e infligís todo tipo de miserias y artes oscuras hacia vuestros semejantes. Con ello promovéis la cultura porque nos dotáis de fuerzas para crear todo tipo de obras que os pongan en evidencia. Gracias porque con ello también contribuis a hacernos más fuertes.

A ti lector un abrazo y hasta el siguiente número.

Leticia Sánchez de Pablo

Fotografía Contraportada, Pixabay. Repositorio de internet



Síguenos en Redes Sociales

@venusestaenllamas